



## Mesa redonda: Prácticas en el ámbito de lo público. Historia y transmisión.

**Prof. Gilou García Reinoso, Prof. Juan Carlos Volnovich y Prof. Liliana Baños**

### **Introducción**

Presentamos a continuación, las intervenciones realizadas por Juan Carlos y Gilou en el marco de las jornadas *Producir experiencia: de la historia a la transmisión (Septiembre 2009)*.

Nos propusimos estas jornadas como un modo de recuperar marcas de las experiencias de los colegas que nos han acompañado en el intento de pensar nuestras prácticas “psi” en el campo de las políticas públicas. Marcas que llevan el peso de la historia de nuestro país y del colectivo de trabajadores en salud, de los movimientos, de los proyectos, de las contradicciones, de los retrocesos, de las pérdidas y también de los aprendizajes y de las ilusiones que nos permitieron no olvidar y hacer de la tarea de transmisión una experiencia que, al decir de Fernando, logre despertar la memoria con lo recibido. No se trató sólo de recordar historias sino de recuperarlas como parte de nuestra historia como herramientas que nos permitan analizar nuestros recorridos, nuestras producciones teóricas y ubicar nuevas preguntas allí donde la naturalización disfrazada de queja nos adormece. Nuevas preguntas a nuestras prácticas, nuevas preguntas a nuestras producciones teóricas, y en ese recorrido la pregunta por nuestras propias filiaciones.

El nombre de Fernando se transformó, como lo planteamos en la Convocatoria, en un lugar de encuentro. Realizamos una triple convocatoria:

- por un lado a quienes formaron parte de sus “Experimentos” para escucharlos en sus propuestas, en sus “impases”. No sólo para explorar tres prácticas en instituciones de diversas complejidades sino para recorrer junto a ellos el “armado” de tres problemáticas diversas que pueden conducir por la vía de la encerrona trágica a su manicomialización en el loquero, en un hospital general o en un trabajo comunitario. Experimentos Berisso, Oliveros y Barriletes en Bandada,
- a quienes compartimos en lo cotidiano muchas preguntas y que nos reconocemos en cierto compromiso (a veces casi un empecinamiento) por pensar nuevamente nuestras prácticas en el ámbito de las políticas públicas y problematizar el lugar de la Universidad en la formación para dichas prácticas. La convocatoria fue a compartir un proceso de producción colectivo de un documento disparador de la discusión grupal en las Jornadas. Pensamos que llegar a las Jornadas con este proceso de discusión en marcha permitiría avanzar más allá de las quejas catárticas,
- a Gilou Roger de García Reinoso y a Juan Carlos Volnovich, quienes invitamos para que nos acompañen en la reflexión desde la lectura del Documento y la participación en el Plenario donde se volcó la producción grupal.

Desde el primer paso, que fue la elaboración colectiva del documento de discusión para las Jornadas, nos convocamos a producir en forma conjunta varias generaciones. Ese documento fue la base para la discusión en los grupos.

La producción grupal giró en torno a lo colectivo, la riqueza de las experiencias y la falta de

producción escrita que permita su circulación y discusión. La propuesta de realizar un análisis de las condiciones de posibilidad de nuestras prácticas, nos llevó a discutir por un lado: nuestras posiciones teóricas, las hegemonías universitarias en la transmisión, la precarización laboral, la mimetización con los “objetos de intervención”, los déficits en las problematizaciones, las políticas focalizadas y el desdibujamiento de lo público. Por otro: nuestra propia historia como colectivo que posibilite hacer de esas condiciones nudos críticos desde donde relanzar la discusión. **Nos sorprendimos al concluir que nuestra historia también es parte de las condiciones de posibilidad de nuestras prácticas.**

Tres ejes se marcaron en las discusiones grupales en torno a las condiciones de nuestras prácticas y que resultan importantes destacar para leer el *Dossier*:

- 1- la mayoría de las políticas se presentan focalizadas, demandándonos la construcción de la red social. Familiarización de la responsabilidad, politización de las intervenciones hacia la familia, psicologización de la exclusión social
- 2- se repite una queja en torno a la soledad en las prácticas, en donde “cada uno pareciera estar solo frente al mundo para tapar un montón de agujeros con una curita”. La soledad es proporcional a la demanda que se plantea en 1– y a la ausencia de herramientas, que conduce a 3–
- 3- la dogmatización de la teoría, la transmisión vaciada, la formación sin producción de “experiencia” ¿De qué se habla cuando referimos a políticas públicas? ¿La universidad como política pública?

En este marco, con un colectivo sumamente movilizad, dispuesto a interrogarse en sus pertenencias y en sus ideales, se dan las intervenciones de Juan Carlos Volnovich y Gilou García Reinoso. Esta Jornada fue un proceso colectivo y devino una intervención colectiva. Los invitamos a que puedan leer en esta clave las ponencias, como intervenciones que produjeron otro cuerpo, un colectivo porque permitieron recuperar filiaciones, una inscripción en una historia. La soledad repetida una y otra vez no tendrá por qué ser una condena...

### **Una intervención institucional/ grupal** *Intervención de Juan Carlos Volnovich*

Nos ofrece (nunca mejor la palabra) el relato de una experiencia en la Nicaragua de la Revolución Sandinista. Comienza, recordando a Ulloa hablando de la posibilidad de asumir el riesgo, “vamos a arriesgarnos, vamos a tener que correr el riesgo de involucrarnos en la aventura”. Nos trae una historia que nos conmueve, es la primera vez que la relata públicamente: “nuevamente voy a correr el riesgo de compartir con ustedes el relato de una intervención institucional de la que jamás hablé en público”. Da sus razones para elegir hacer esta presentación ahora, porque aún lo político, la práctica en salud mental y la clínica por su carácter paradójico; es muy simple y a la vez muy compleja, por otro lado ya ha pasado el tiempo prudencial para poder relatarla. El relato va desggranando la elocuencia de lo silenciado, cómo lo no dicho se instala con toda la fuerza de un hecho traumático, cómo los síntomas y el sufrimiento de los individuos en las instituciones transitan por las huellas que marca el traumatismo. Nicaragua, marzo de 1979, las cosas no andaban bien en el convento: resentimientos, tristezas. La propuesta de un diagnóstico institucional, entrevistas, recorridas por el espacio del Convento, recorrida trunca, espacios prohibidos, historias silenciadas que vociferan en las tristezas. Actos simbólicos que propician



alguna inscripción del horror, que reconocen nombres y permiten una apertura de la clausura. Espacios que se habitan haciendo lugar a la historia y hacen posible que la vida regrese. ¿Cuál fue el pago que reclamó Juan Carlos por ese análisis e intervención institucional? Poder transmitir, poder transmitirnos, correr el riesgo.

Gilou, tan conmovida como cada uno de los que recibimos el relato, nos dice que, siguiendo a Pichon Riviere, lo que Juan Carlos nos trae es un emergente de lo que se planteó en el espacio previo, las producciones grupales.

¿Por qué aquí y ahora Juan Carlos nos trae este trabajo? se pregunta, nos pregunta. Es un emergente para que cada uno pueda apropiarse, dice Gilou. Una operatoria que comienza con el relato de las producciones grupales, la intervención de Juan Carlos (ya podemos afirmar el carácter de intervención) y la lectura de Gilou que nos indica que lo que está en juego, leído desde este emergente que constituye Juan Carlos, es que **cada uno pueda apropiarse**. Sin esa operatoria de apropiación que cada uno deberá realizar no hay sino dogma, teoría vaciada. Filiación fallida. No tendremos herramienta con la cual trabajar. Pero esa apropiación implica algún riesgo, la desapropiación (dulzona pero no por ello menos violenta, propuesta de la cultura desubjetivante, al decir de Gilou) nos resulta más comfortable. Ahora entendemos algo más acerca del riesgo.

Veremos cómo cada uno se encuentra con este apropiarse o con la desapropiación que nos habita y con la que nos amenaza desde afuera (son dos, pero se alimentan mutuamente).

Más allá de la riqueza del desarrollo teórico respecto de su modo de pensar la constitución del sujeto, Gilou produce intervenciones respecto de lo transcurrido en la Jornadas, nos habla del cuerpo de los asistentes (los trabajadores), cuerpo que hay que preservar, que no se trata de mantenerlo fuera en una falsa abstinencia, ni de abstraernos o precipitarnos. Señalamiento que retorna cuando remarca el poder simbólico del **no** (frente a la proliferación de prácticas psi funcionales a los programas): su vinculación con la función del juicio. Pero además nos señala que nos apropiemos de la experiencia de Juan Carlos ya que con este relato nos está respondiendo acerca de nuestra soledad en las prácticas. La respuesta de Juan Carlos: “no estaba solo porque contaba con (la) mi historia”.

Respecto del desafío que implica la familiarización de las políticas sociales y el lugar funcionalizante que se nos propone a los “psi”, Gilou nos responde poniendo en cuestión el modo en que pensamos las funciones materna y paterna y su relación con la trama social. Nos dice que el psicoanálisis aborda fundamentalmente la cuestión de **la filiación** que instituye un sujeto y permite su inscripción en una genealogía. Aquí nos detenemos para que la lectura haga lo suyo pero para dejar que este ¿concepto? de Filiación mejor retorne en la Segunda Sección de la revista, que las experiencias lo pongan a trabajar.

Todo este proceso produjo en los asistentes un fuerte impacto, una conmoción que llevó a algunos a escribir acerca de lo transcurrido, a convocarnos para seguir trabajando en este intento de despertar la memoria para escribir en nuestro nombre estas historias de nuestros tiempos...



– [Liliana Baños] Bueno, un poquito de silencio que vamos a empezar... vamos a empezar y vamos a terminar. Con mucho gusto cerraremos con un panel que realmente nos parece un lujo, en relación a nuestra práctica, por las personas que lo integran. No es fácil encontrar gente que tenga un perfil de las características de los dos integrantes, que tengan una historia en relación a su práctica, las instituciones, la ética, los derechos humanos. En este sentido digo que es un lujo.

Esta jornada que ha sido muy emotiva, en todo sentido, y que fue emotiva no por los golpes bajos sino porque justamente hay cosas que tocan lo que es una historia, y cuando algo toca la historia en un punto nos atraviesa. Esto es en todo caso lo que ha sido el eje más emotivo de todo esto. Todo esto convocado bajo la figura y el nombre de Ulloa.

Esto hace a nuestra preocupación por la transmisión, creo que es algo que compartimos todos. Esta problemática va más allá de la facultad, de la enseñanza, de la enseñanza pública, de lo público y lo privado. ¿Por qué digo que va más allá de la facultad? Porque lo que sabemos es que, en todo caso, la enseñanza se planifica pero la transmisión, no. La transmisión es aquello que excede la enseñanza. Sabemos muy bien por el psicoanálisis que la transmisión es la transmisión de una falta. En alguna medida es retomar la posta y volver a transmitirla.

Le hablamos, por supuesto, a los pares, pero fundamentalmente queremos hablar con la gente joven. Porque los que estamos viejos, somos un poco duros para convencernos de ciertas cosas. La idea no es militar, la idea es hablar y como quien dice, pasar la posta. Esto yo creo que marca un camino, marca un rumbo con todos los equívocos y las dificultades que encontramos en este camino, que no es el más ortodoxo, que nunca lo fue, que siempre en todo caso orilla esta problemática entre lo ideológico, lo político y lo científico. Siempre hay que estar rescatándose de un lado, pensando otro, sustrayéndose de acá. Es un trabajo de locos, literalmente, lo digo [risas].

Así que, bueno, lo que voy a hacer es presentar, aunque no necesiten presentación, a los integrantes del panel que, además de lo que ellos traen, han escuchado las conclusiones de los grupos, así que trabajaremos también con esto.

Juan Carlos Volnovich es médico y casi psicólogo, ya que interrumpió la carrera de psicología cuando los militares intervinieron la Universidad de Buenos Aires en 1976. Durante los ocho años de la dictadura militar en la Argentina, desde el '76 hasta el '84, trabajó como psicoanalista en el Hospital William Soler de La Habana, Cuba. Volnovich, desde hace décadas, no pertenece a ninguna escuela ni a ninguna asociación ni a ningún grupo o institución académica o asistencial. No obstante, esto no le ha impedido desarrollar una intensa vida dentro del psicoanálisis, especialmente el psicoanálisis con niñas y niños y en la intersección con las teorías feministas. Es Doctor Honoris Causa por la Universidad de Madres de Plaza de Mayo, Asesor Temporal en Salud Mental de la Organización Mundial de la Salud y de la Oficina Sanitaria Panamericana, Miembro de Honor de la Sociedad de Psicólogos de Cuba, Jurado en los concursos para cubrir cargos de profesores regulares de la Facultad de Psicología y de la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires. Integra el comité de expertos de la Co-neau. Ha sido nombrado como una de las diez personas claves de la infancia en la Argentina por el Instituto Interamericano del Niño, organismo especializado de la Organización de Estados Americanos (OEA).

Con respecto a Gilou, voy a retomar el chiste que ella hizo y lo voy a suscribir. Cuando le pregunté cómo te presento, ella dijo “Gilou hay una sola” [risas]. ¡Estamos totalmente de acuer-



do! [risas]. Gilou es médica y psicoanalista, no pertenece tampoco a ninguna institución. En este momento es Secretaria de Cultura de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos. Lo que podemos marcar como algo que la hace una testigo de nuestra historia, es que es una de las psicoanalistas que se fueron de la A.P.A. con el Grupo Plataforma por discrepancias ideológicas y discrepancias políticas. De aquí en más ha estado trabajando.

Así que, bueno, los vamos a escuchar.

– [Juan Carlos Volnovich] Mi gratitud va para Silvia Grande y para quienes organizaron esta jornada.

Un significativo muy preciso y muy precioso marcó mi relación con Fernando Ulloa: el riesgo, la posibilidad de asumir el riesgo, la decisión de asumir el riesgo. El riesgo que fue mi puente con Ulloa cantó presente en cuatro momentos significativos de mi vida: allí por el 1964 cuando fui su alumno en Clínica de Adultos, de la que entonces era la Carrera de Psicología de la UBA; en 1971, cuando estábamos en la A.P.A. (él como flamante miembro didacta, yo como candidato) y renunciamos integrando los Grupos Plataforma y Documento; en 1985, cuando con Silvia Werthein organicé el primer Encuentro de Psicoanalistas en La Habana; y en 1991, cuando junto con Gregorio Baremlitt y Alfredo Grande organicé el Espacio Institucional.

Tal vez no estaría de más agregar aquí, ya que estas jornadas son convocadas por la Carrera de Especialización en Psicología Clínica, Institucional y Comunitaria, que los tres últimos eventos a los que hice referencia (Plataforma y Documento –que partió en dos a la institución psicoanalítica–, el Encuentro de Psicoanalistas en La Habana –que fue la primer incursión del psicoanálisis en un país socialista– y el Espacio Institucional –el encuentro al que invitamos a Robert Castel, a René Lourau y a Gerard Mendel y que convocamos a 1500 participantes) fueron experiencias autogestivas que no tenían ninguna organización que las convocara detrás, pero que sí lo tuvieron a Fernando Ulloa como referente y garante.

Decía del riesgo, “vas a tener que correr el riesgo”, me dijo Ulloa en 1964, cuando le comuniqué mi intención de formarme como analista. Fue la vez que usó el verbo en segunda persona, las otras veces –la de Plataforma y Documento, la de Cuba, la del Espacio Institucional– la usó en primera persona del plural. En cada una de ellas repitió lo mismo: “vamos a arriesgarnos, vamos a tener que correr el riesgo de involucrarnos en la aventura”.

Entonces, como un homenaje a Fernando y respondiendo a la incitación que ustedes hacen en las convocatorias a estas jornadas, nuevamente voy a correr el riesgo de compartir con ustedes el relato de una intervención institucional de la que jamás hablé en público. Lo justifico por tres razones: en primer término, porque es una intervención que tuvo lugar hace muchos años, de modo tal que guarda cierta discreción con respecto a quiénes la protagonizaron; en segundo término, porque aún como ninguna otra en la que yo haya participado, lo político, la práctica en el campo de la salud mental y la clínica; y en tercer término, por su carácter paradójico, es muy simple y a la vez espectacularmente compleja.

Me parece pertinente para la historia y para la transmisión que son el foco de estas jornadas, en tanto ejemplifica cómo las sofisticadas teorías pueden iluminar un campo de trabajo. Es una intervención institucional que pone su foco en la elocuencia de lo silenciado, que pone en evidencia cómo lo no dicho se instala con toda la fuerza de un hecho traumático, que pone al descubierto cómo los síntomas y el sufrimiento de los individuos en las instituciones transitan

por las huellas que marca el traumatismo.

Estamos en Nicaragua, marzo de 1979, plena guerra protagonizada por el Ejército Sandinista contra la Guardia Nacional de Anastasio Somoza. La mía era una brigada sanitaria, una brigada internacionalista que colaboraba con el Ejército Sandinista en el frente sur, a unos 50 km. de Managua, en una localidad próxima a Jinotepe, un pequeño pueblo de lo que entonces era ya zona liberada. Zona liberada quiere decir que si bien la Revolución triunfó en julio de 1979 (y lo que estoy narrando comenzó en marzo del '79, cinco meses antes), Jinotepe estaba ya bajo el mando de los sandinistas. Zona liberada significa también zona absolutamente aislada, ya que para impedir el avance de la Guardia Nacional –que en ese frente estaba al mando de “El Chigüín”, el hijo de Somoza– tenía todos los accesos, las carreteras, los caminos y los ríos inaccesibles y bloqueados. No había forma de que el enemigo llegara hasta allí como no sea con aviones, pero tampoco nadie podía salir. Esta trinchera infranqueable que nos protegía al tiempo que nos aislaba, no es un dato menor en esta historia.

El pueblo al que llegué era un típico pueblo centroamericano devastado por la guerra, la miseria, el hambre y las enfermedades de todo tipo. A poco de arribar, era imposible no verlo, descubrí los muros de un convento colonial que ocupaba toda una manzana. Habíamos llegado en un avión militar, claro está, y en menos de lo que canta un gallo montamos un quirófano en lo que alguna vez había sido un dispensario marginal, una especie de centro de salud precario y desactivado, que quedaba a unas seis cuadras del convento. Casi todos los integrantes de la brigada éramos varones: el cirujano era varón, yo oficiaba de anestesista, pero entre nosotros también había algunas mujeres, una de ellas embarazada.

El caso es que no había pasado una semana de mi presencia allí en el dispensario, cuando un día golpean a la puerta, atiendo y me encuentro con una monja. Una mujer de unos 45 años excepcionalmente bella pide hablar conmigo. Me dice que ella es la madre superiora del Convento de Monjas Josefinas, que sabe que yo soy psicólogo –cosa que es mentira– y que dudó mucho antes de tomar la decisión de venir a verme pero que quería saber si yo podría ayudarla con algunas cuestiones personales. Con todo, su desenvoltura, la elegancia de su estilo, no lograba disimular su timidez y una cuota de turbación que –para qué ocultarlo– era mutua.

La entrevista se prolongó por más de una hora en la que me relató algunos aspectos de su intimidad, pocos a decir verdad: que pertenecía a una de las familias más poderosas de Nicaragua, que había cursado en el Gymnasium en Suiza y enfermería en París, que desde siempre supo que iba a tomar los hábitos. Rápidamente me di cuenta de que los datos personales funcionaban de pretexto para abordar lo que le preocupaba y que en definitiva el verdadero motivo de consulta era que para Sor Claudia, y eso es lo que me hizo saber, las cosas no andaban bien en el convento. Tenía problemas con las otras monjas, mucho más con el obispo. Con el capellán todo bien pero los problemas se agudizaban con Sor Adelina, una monja mucho mayor que ella que no perdía ocasión de hacerle saber de su resentimiento por haber sido desplazada del lugar jerárquico que por antigüedad le correspondía. También los problemas se manifestaban con el resto, novicias jóvenes, que no terminaban de adaptarse y que estaban tristes. Recuerdo muy bien que me dijo eso: “estoy preocupada porque mis hermanas están tristes”. En esa primera ocasión el conflicto con el obispo solo quedó enunciado. De política, salvo algún comentario vulgar acerca de los horrores de la guerra, nada más, no hacía falta.

De resultas de ese primer encuentro, antes que convocarla para una nueva cita, decidí que



no fuera ella la que viniera a verme la próxima vez sino que sería yo el que iría a visitarla al convento. Estaba ya procesando un análisis de la demanda y transformando lo que aparentemente había sido una consulta individual, en una propuesta institucional.

Cuando acudí al convento, fue grande mi sorpresa. Los muros del convento dividían dos mundos, los grandes portones dividían dos mundos. La guerra afuera, la paz adentro. La suciedad, el hambre, las enfermedades, afuera; el orden, la limpieza inmaculada, el silencio perfecto, dentro. El convento era como todos los conventos coloniales. Amplias galerías que daban a un enorme patio cuadrangular centrado en una fuente. El resto, la capilla, la cocina azulejada, la zona de profundas, el pasillo que comunica al claustro de profesas y a la capilla, la biblioteca a un lado del claustro. Después, la escalera por la que desde el patio de novicias se accedía a la zona de celdas. Desde ahí, a la sala de capítulo y a la sala de chocolatero, lugar de esparcimiento para las monjas cuando terminaban el rezo.

Decía que los muros del convento dividían dos mundos. Un mundo habitado afuera, un mundo desolado dentro. Esa formidable construcción estaba allí solo para un puñado de monjas, no más de una docena, las novicias, algunas mujeres de servicio y —claro está— ningún hombre. Los varones llegaban solo hasta la puerta con sus provisiones. El capellán y el obispo entraban una vez al mes. Afuera la guerra; traspasando los enormes portones, vacío y silencio.

De la segunda entrevista con Sor Claudia, la entrevista en el convento, surgió la iniciativa de hacer un diagnóstico institucional que me llevaría algunos días y que consistiría en entrevistas con Sor Adelina, las otras novicias y de ser posible con el obispo. A todo esto, tal vez es necesario —tal vez es in—necesario— que les diga que no solo era extranjero, sino varón, pero demás “Volnovich” [risas]. Cuando Sor Claudia insinuó algo acerca de los honorarios que yo iba a cobrar, le propuse postergar el tema anticipándole con ironía que dadas las circunstancias, la guerra, no iba a cobrar en dinero sino en especies [risas].

Las entrevistas con las novicias fueron tensas y aburridas. Las novicias casi no hablaron, parecían más tontas que asustadas. Sor Adelina, en cambio, confirmó lo previsible: una amargura infinita por la falta de reconocimiento y una envidia apenas disimulada por la preferencia que el obispo le destinaba a Sor Claudia.

Cuando terminaron las entrevistas me dispuse a recorrer el convento. La capilla, el claustro, la biblioteca, el área de retiro y descubrí que todo el ala posterior del edificio estaba cerrado y vacío. Las ventanas clausuradas, las puertas valladas. De casualidad, apareció la cocinera, una mujer de edad indefinida y me puse a conversar con ella. Después de hablar del arroz, de los frijoles y del gallo pinto que es una comida típica de Nicaragua, le pregunté por las puertas valladas y me contó lo siguiente: “ese lugar está vedado, clausurado, ese es el lugar prohibido porque fue allí donde pasó todo, fue allí donde pasó todo cuando entró la Guardia Nacional hace cinco años ya”. El caso es que, en efecto, hasta hacía 5 años atrás el convento había sido un hervidero, una especie de hospital de primeros auxilios con una población de monjas tres veces superior a la actual, con una intensa relación con la comunidad. Las monjas de entonces asistían a la población y en ocasión protegieron, ocultaron a un joven sandinista que había llegado herido después de una escaramuza. Esa fue la excusa que encontró la Guardia Nacional para irrumpir en el convento, asesinar al muchacho delante de las monjas, golpearlas y violarlas. Y todo eso se había mantenido oculto, de eso no se había vuelto a hablar. Todo eso fue sepultado y cubierto con un manto de silencio. Para proteger al convento de las Josefinas de la ira de Somoza, las

monjas fueron trasladadas vaya uno a saber dónde, una de ellas –embarazada a partir de la violación– fue repudiada y apartada de la orden, el personal de servicio fue despedido, el convento se vació y se prohibió la entrada a la población. Solo Sor Claudia y Sor Adelina permanecieron en el lugar. Sor Claudia, Sor Adelina y la cocinera, a quien por considerarla discapacitada mental le permitieron quedarse [risas].

Sobre el obispo recayó el trabajo de reconversión del convento. Con estos datos, volví a entrevistarme con Sor Claudia quien confirmó absolutamente la versión que había obtenido de la cocinera. Le pedí permiso para acceder a los libros de actas del convento. Allí encontré los nombres de las monjas que habían sido víctimas de esa barbarie y varias fotos: fotos de las monjas con pacientes del hospital, fotos de las navidades, fotos en grupo de las monjas.

Recién ahí comenzó la intervención institucional propiamente dicha y que se dividió en dos etapas, marcada por un antes y un después del triunfo de la Revolución que fue el 19 de julio de 1979. La primera parte podría titularla: *“De la sala de tortura al salón de operaciones”*. La segunda, *“Del salón de operaciones al jardín de infantes”*.

La primera: *“De la sala de tortura al salón de operaciones”*. Le propuse a Sor Claudia informar a las novicias acerca de lo que había sucedido. Le propuse consultarlas acerca de la disposición que tenían para reabrir el hospital, sugerí poner una urna sellada para que cada una de las monjas pudiera dejar allí su opinión en forma anónima e informar al capellán y al obispo acerca de mi intervención. Por primera vez –de casualidad, porque el obispo venía una vez por mes– hablé con él que para mi sorpresa, no era Ernesto Cardenal pero resultó ser un decidido simpatizante de los sandinistas. Fue el obispo quien ante mi informe llevó adelante la iniciativa de hacer una misa para las monjas que habían sido deshonradas, y fue también el obispo quien sugirió comunicar a la población acerca de lo que había sucedido.

En un acto público donde lloraron hasta las piedras con la presencia de la gente del pueblo que las había conocido, colgaron las fotos de las monjas en el salón principal de lo que era el área clausurada. Como todo lo propuesto fue aceptado, inmediatamente comenzaron los trabajos para trasladar el quirófano del dispensario al convento. El quirófano se instaló en el mismo lugar donde había sido fusilado el muchacho y donde las monjas habían sido vejadas y violadas.

Así fue que en pocos días estábamos operando en el convento con incomparables ventajas. Una de ellas, y no la menos importante, fue la participación de Sor Claudia y las novicias en las tareas asistenciales de los pacientes operados. Las novicias se revelaron entonces como jóvenes activas, inteligentes y entusiastas.

La guerra, ya se sabe, es una fábrica de horrores. Nuestro trabajo era agotador y sin descanso. Pero como no habíamos desmantelado el dispensario, lo nuestro era correr del convento al dispensario, del dispensario al convento y ese tránsito era por la calle principal del pueblo.

Y así llegamos al 19 de julio, el día del triunfo de la Revolución. Somoza había huido y la Junta asumió el gobierno. Después del cubano, era el segundo movimiento revolucionario en América Latina que tomaba el poder a través de la lucha armada. Fuimos a Managua, festejamos. Entré al búnquer de Somoza y a las instalaciones de la Guardia Nacional. Vi allí galpones repletos de municiones y armas de fabricaciones militares argentinas. Fuimos a Managua y volvimos al convento.

Ingenuos, creíamos que nuestro trabajo había concluido cuando en realidad no hizo más que multiplicarse. Ahí me enteré que los accidentes, los tiroteos y sus consecuencias son ma-





yores en el triunfo que durante los combates. Nada peor que una población armada, alcoholizada, festejando. Solo que ahora con una Junta de Gobierno reconocida, podíamos delegar en el cuerpo médico del ejército la responsabilidad de lo que se venía y derivar a los pacientes al hospital militar.

Fue en ese momento cuando comenzó la segunda etapa de la intervención: *“Del salón de operaciones al jardín de infantes”*. En esta segunda etapa, el quirófano seguía funcionando ya sin presión, yo siempre de anestesista. Pero el hospital del convento rápidamente se convirtió en un hospital de niños. Al convento comenzaron a llegar multitud de niños desnutridos. Llegaban fundamentalmente porque en el pueblo había corrido la noticia de que teníamos leche. Y era cierto. La Revolución naciente tenía todo el apoyo de la social democracia europea y eso quería decir que recibimos cargamentos increíbles de medicinas y, sobre todo, de leche. Nosotros teníamos leche, los pibes tenían hambre. Todo parecía muy fácil pero no lo era.

Con profundo dolor fuimos testigos de cómo los chicos internados, aún aquellos que eran bien alimentados, se morían igual. Morían como moscas. En ese momento comenzó, como decía, la segunda etapa de la intervención que fue marcada por tres eventos significativos. Uno de ellos —y sin lugar a dudas el más trascendente— fue la llegada del cargamento de leche; el segundo acontecimiento fue que a partir del triunfo de la Revolución y el reinicio de los vuelos regulares, otros profesionales se incorporaron a la brigada, entre ellos, un pediatra. El tercero merece que me detenga a explicarlo.

En nuestros paseos de ida y vuelta del dispensario al convento, descubrimos que las chicas nos miraban, las jovencitas del pueblo nos miraban —bueno, piensen que yo tenía treinta años menos [risas]. Salían de sus casas, se paraban en la puerta, abrían las ventanas para vernos pasar, cuchicheaban y se reían. Fue entonces cuando mi amigo, el pediatra, tomó la decisión: convocó mediante un volante a todas las chicas del pueblo a una reunión en el convento. Con un volante absolutamente desopilante que decía algo así como: “si usted es mujer y tiene entre 16 y 26 años, la esperamos en el Convento de las Monjas Josefinas a las dos de la tarde” [risas]. De modo tal que, de golpe, el patio del convento se pobló de una multitud de muchachas. Es necesario que les diga que mi amigo, además de ser un excelente pediatra, era un tipo muy carismático y maníaco como pocos [risas]. Así fue que ante esa multitud de jóvenes pronunció un discurso que apelaba al amor y a la abnegación, y las consagró integrantes de lo que de ahí en más se llamarían “Brigadas Dadoras de Cariño” [risas]. La tarea de las Brigadas Dadoras de Cariño consistía en cumplir horarios por la mañana y por la tarde atendiendo a los niños internados, darles el biberón, tenerlos en brazos la mayor parte del tiempo, hacerles caricias, pasarlos por el patio al sol, bañarlos, jugar... en fin, eso que técnicamente se llama “Estimulación Temprana”. De modo tal que a cualquier hora que uno llegaba al convento se encontraba con el patio lleno de pibes y de pibas, de niños en brazos de esas muchachas, yendo de aquí para allí, festejando las gracias de esos bebés. Cuando terminaban los turnos, las muchachas del pueblo les entregaban los niños a las novicias que definitivamente se habían hecho cargo de la sala de pediatría.

Sor Adelina se convirtió en referente de la memoria del convento. Las novicias se acercaban a ella para que les contara cómo había sido la vida antes, cuando el convento funcionaba como hospital y también cómo había sucedido el ataque, el asesinato del sandinista y la violación de las monjas. Cuál había sido el destino de las monjas violadas y qué era eso del repudio de la monja embarazada.

Por razones que no vienen al caso, con la brigada sanitaria nos retiramos de Nicaragua tres meses después, en octubre de 1979. La despedida fue profundamente conmovedora y antes de partir pasamos por Managua, hicimos contacto con las autoridades del país, que permitieron el trabajo de lo que fue después el Equipo Internacional de Salud Mental que –dirigido por Marie Langer y Silvia Berman– colaboró en la ciudad de León durante el segundo año de la Revolución Sandinista.

Yo, individualmente, ya sin la brigada, volví de visita al convento a los pocos meses y pude corroborar que tanto el quirófano como las Brigadas Dadoras de Cariño seguían funcionando. En la última entrevista que tuve con Sor Claudia ella volvió a recordar que teníamos pendiente hablar de mis honorarios. Yo le dije que, como habíamos quedado, no cobraría en dinero sino en especies y que algún día iba a escribir sobre esa experiencia. Ella me pidió que fuera prudente y que respetara su intimidad, también la de las monjas involucradas y me dijo: “si llega a escribir algo acerca de esta historia, no lo haga por lo menos hasta que hayan pasado diez años”.

Pues bien, pasaron veinte años y por eso, porque pasaron veinte años, y por Fernando Ulloa, me decidí a correr el riesgo y a contarlo. Muchas gracias.

[Aplausos sostenidos]

– [Gilou García Reinoso] ¿Y yo, después de este relato qué puedo hacer? [risas]

– [Liliana Baños] ¡Llamar a las monjas! [risas].

– [Gilou García Reinoso] La verdad que agradecer, porque realmente fue un regalo el que nos hizo Juan Carlos. Yo nunca había escuchado este relato, me conmovió, me admiró, me inhibió [risas], me provocó. Pensaba en todas esas monjas y algunos pediatras, somos tantas mujeres acá y pocos hombres. ¿Qué quiere decir esto? No sé. Yo lo dejo para que cada uno lo piense un poco. Pero es cierto que siempre hay bastantes más mujeres trabajando en estas cosas que hombres. No se puede responder rápidamente y simplificando las cosas. Creo que hay que mantener la pregunta: ¿qué pasa, no? ¿Qué autoriza a las mujeres a ocuparse de esto y no tanto a los hombres? Parece más subversivo para los hombres que para las mujeres.

La verdad es que yo me pregunto en serio ¿qué hago ahora? [risas]. Tal vez hago algo demasiado psicoanalítico. Pichon–Rivière diría que lo que Juan Carlos trae es un emergente de eso, de lo que ustedes hacen. Desde que yo lo conozco a Juan Carlos, desde hace muchos años, nunca le oí este relato. Lo oigo hoy acá y supongo que, de alguna manera, fue posible este relato hoy acá y no en otros lugares. Es decir, me parece que esta intervención de Juan Carlos es un emergente que cada uno puede apropiarse de alguna manera. Así que además de agradecer a Juan Carlos, les agradezco a todos ustedes, porque me parece que es un trabajo en común, muy importante.

Yo no he tenido situaciones tan heroicas como las que relata Juan Carlos, pero el trabajo en hospital es un trabajo... me detengo porque mientras tanto tengo otro discurso adentro mío, estoy tentada de pensar, como si dijera: lo que dicen los hombres es importante y lo que decimos las mujeres es doméstico [risas y aplausos]. Si me ven llorar no es porque lloro, es porque tengo los ojos llorosos [risas]. Me puedo perder en el camino. Creo que no es para nada malo perderse en el camino, a veces. Yo tengo un montón de papeles, en general son mis acompañantes. Nunca los consulto demasiado, sí los hago y los preparo antes. Me importan, me sirven, pero son mis acompañantes. Me importa mucho más trabajar sobre lo que sucede.



Entonces, además de quedar impresionada por el relato de Juan Carlos, capturados, y de hacer algunos chistes de mal gusto sobre lo masculino y lo femenino, creo que volvería sobre el relato de los grupos de esta mañana. Se me ocurrieron algunas cosas, recuerdos míos por ejemplo. Yo estuve exiliada en México, varios años durante la dictadura, y trabajé por supuesto en México como psicoanalista también, en relación con gente que como ustedes trabaja con situaciones de precariedad (en México tal vez sean más agudas y más impactantes que en nuestro país).

En un momento dado en la Facultad de Medicina hubo un intento de modificar la carrera. En la Carrera de Medicina –tal vez algunos de ustedes lo saben, nosotros lo sabemos en carne propia– empieza el estudiante a toparse con los cadáveres, lo cual es una cosa terrible: se empieza con los muertos. Entonces, con un buen esfuerzo de reflexión, el grupo de dirigentes universitarios pensó que habría que tratar de invertir la cosa, que no se podía meter a los estudiantes con los muertos de entrada, y que había que ponerlos con las cosas que merecían atención, por ejemplo, se podría hacerlos empezar con un trabajo comunitario en vez de que estudiaran anatomía (es decir, disecar cadáveres).

Entonces, pusieron en marcha un plan que –creo recordar– se llamaba A37. Se mandó toda una camada de estudiantes de medicina a las poblaciones que ustedes conocen, poblaciones que tal vez en México sean más miserables que acá. La cuestión es que tuvieron que modificar y retrotraerse porque ¿qué pasó con eso? Después de 4 años de poner en marcha esto, se dieron cuenta de que producía efectos paradójales. Una buena parte de los estudiantes se identificaban muchísimo con la población, algunos de ellos se metían a vivir con ellos y hacían convivencia participante, algunos se suicidaban, y otros se volvían mucho más rígidos y mucho más científicos. Estas dos cosas son impresionantes.

¿Qué podemos destacar nosotros como eventual –no diría conclusión, pero sí– hipótesis? No se puede enfrentar situaciones terribles sin tener alguna herramienta que permita –no diría un éxito, para nada– pero que permita mantenerse más o menos entero. Entonces lo que dijeron hoy me pareció muy interesante, porque se habló muchísimo de la soledad y de la necesidad de romper la soledad. En el fondo me parece que todo lo que dijeron esta mañana tiene que ver con esto. ¿Qué pasa con el cuerpo del asistente? Y digo el cuerpo como grupo y el cuerpo realmente, el de los que asisten, el de los que producen una intervención con los instrumentos que tengan en esas situaciones tan precarias. No es gratis, no es gratis. Entonces se trata de pensar sobre eso.

Juan Carlos decía que iba a cobrar en especies –desgraciadamente yo creo que muchas veces se paga en especies; es decir, con este tipo de cosas: con sufrimiento, con angustia, a veces con conflictos que aparecen entre los equipos. Me parece que lo que ustedes trajeron esta mañana es de primera importancia porque insistieron en algo que yo siempre trato de subrayar que es la necesidad de preservar al personal, a las personas que intervienen. Ahora, “preservar” no quiere decir abstraer, para nada, no quiere decir precipitar, tampoco quiere decir llenar de información para aplicar, sino estar con la posibilidad de escuchar, de recibir impactos que son realmente muy duros de sostener. Creo que es de primera importancia porque si no, no nos podemos sostener...

La primer cosa que ustedes señalaron hoy es tratar de evitar la soledad, la soledad existe porque hay algo que es inevitable, uno siempre está de alguna manera solo con el dolor, solo con la experiencia, pero hay que mitigar eso con un otro, y esto nos habilita nuestra constitución sub-

jetiva. En la constitución subjetiva el lugar del otro es absolutamente imprescindible y el lugar del otro ¿quién es el otro? Yo lo digo un poco como lo relatan o manejan algunos franceses, no solo por mi origen –soy francesa– sino que me parece que es muy adecuado, con minúscula y con mayúscula. El otro es ese otro que tenemos al lado pero que nos remite, que está puesto en el lugar del Otro porque siempre el otro –que es mi mamá, mi papá, mi hermano o mi hijo– de todos modos siempre está atravesado y habitado por ese Otro, que es el Otro anónimo, mayúsculo, un Otro que dicta cosas, que se penetra en nosotros, que nos indica y nos impone muchas veces más cosas de las que queremos. En lenguaje psicoanalítico se llamará el Superyó, que está hecho –como decía Freud– de los valores imperantes transmitidos a través del inconsciente de los padres. Es decir que no son directamente los padres los responsables, ¿qué son los padres? Sujetos igual que nosotros, igual que el hijo, constituidos por el inconsciente.

Entonces yo tal vez les vaya a leer un textito chiquito que preparé que se refiere a la familia. Les leo, es un texto que se refiere a la construcción de la subjetividad en situaciones de exclusión. Trato de ubicar aquí la importancia de las funciones simbólicas para la construcción y el sostén de la constitución subjetiva. Cosa importantísima con la que trabajan ustedes todos los días, porque tratan de intervenir en aquello que estalla, que se deshace, que no se puede constituir y con lo que ustedes quieren colaborar en algo, de alguna manera.

El sujeto humano no es un mero conjunto biológico de tendencias, es un sujeto constituido en relación al otro y agregaría al Otro (lugar simbólico, no es nadie) presente en las instancias sociales depositarias de funciones constituyentes de la subjetividad. Subrayo esto: las instituciones sociales son depositarias de funciones constituyentes de la subjetividad. Esto que no es transparente, que no solo no se dice sino que se oye mal cuando uno lo dice. El niño nace en situación de desamparo originario y la familia es la primera mediadora que ayudará a mitigar este desamparo; es decir, la familia como mediadora, no como causa porque si hablamos de sistemas, podemos hablar de sistemas cerrados o sistemas abiertos. En general, desgraciadamente se trata demasiado con sistemas cerrados, o la subjetividad como algo cerrado, o la familia como algo cerrado y único... hay que ampliar los círculos.

Las funciones materna y paterna son funciones simbólicas constituyentes de la vida psíquica y no son solo roles sociales para la sobrevivencia. Permiten que se instale la legalidad simbólica, diferencia de sexos y de generaciones, que marcan los lugares simbólicos permitiendo el sistema identificador, sostén de la subjetividad, y marcando entonces los circuitos de intercambio posibles. Valdría la pena hacer todo un seminario sobre esto, acá es solo un enunciado. Estas funciones simbólicas, a su vez, tienen condiciones para que puedan ser ejercidas por el padre o por la madre. Cuando encontramos los niños que ustedes tratan y uno dice la madre le pega o el padre le pega, es cierto todo eso, pero ¿qué pasa con estos padres y madres? Entonces, ¿cuáles son las condiciones para que padre y madre puedan ejercer las funciones simbólicas paterna y materna? Tienen sus condiciones. La familia es mediadora del orden imperante, como decía Freud, si este es un orden abyecto o repetitivamente traumático los padres en situaciones de extremo desamparo –ellos mismos– no pueden ser soporte para la vida psíquica de sus hijos. Solo podrán estas funciones ser ejercidas si los padres, la madre en primera instancia y luego el padre también, tienen lugar en la trama social. En general, los niños que ustedes tratan tienen una familia en la cual los padres son tan desamparados como los hijos. Mal dicho, mal visto se habla de la ley del gallinero: el que está más arriba caga al que está más abajo. Es una violenta



forma de decir algo que tiene algo de verdad, pero no toda la verdad. No es solamente eso.

Entonces en circunstancias de crisis sociocultural y política graves, la trama social no ofrece una base material y simbólica para el intercambio y la convivencia. La falta de porvenir y la imposibilidad de proyecto precipitan la pasividad y la impotencia, o vienen la violencia y la destructividad o autodestructividad. Yo les diría que esto que está enunciado así se aplica no solamente a nuestro objeto de estudio sino también a nosotros mismos, porque la situación del que lo trata también es precaria.

Los lazos sociales se alteran o se quiebran y el espacio psíquico se ve reducido, amenazando desaparecer, son procesos de desobjetivación más o menos graves o severos. La construcción y el sostenimiento de la subjetividad y la identidad tienen sus condiciones entonces: condiciones políticas y éticas también, son responsabilidad del sistema social no pudiendo imputarse a las familias la responsabilidad única por los daños que sufren o actúan los niños y las niñas y los adolescentes. La responsabilidad es de todos y en principal de las instancias institucionales, jurídicas, económicas, sociales y culturales. Responsabilidad, digo, a diferencia de culpa. Hay culpas pero primero hay responsabilidad. Siendo este sistema político un sistema de exclusión donde no hay lugar —ni real ni simbólico— ni para los padres ni para los hijos, las consecuencias tienen que ser forzosamente graves.

Esto para situar un poco el problema en la complejidad del sistema. Tratar de no reducir, de incluir sencillamente, sino de complejizar. Es decir, el sistema que abordamos no puede ser la mente de un niño solamente, tampoco puede ser la mente de un niño con esta estructura familiar solamente. Forzosamente hay una dimensión de la que tenemos que hacernos cargo, cargo no quiere decir cargar con, quiere decir pensarla, trabajar sobre eso y darnos cuenta de que nosotros también estamos en esa historia.

Bueno, entonces en el fondo de lo que hablamos es del problema de la filiación. Yo creo que el psicoanálisis lo que plantea es fundamentalmente la cuestión de la filiación. Hay un psicoanalista francés, que es al mismo tiempo un jurista que se llama Pierre Legendre. Son interesantísimas las cosas que trae porque articula lo jurídico con lo simbólico y con lo psicológico. El define la filiación como un proceso simbólico que instituye un sujeto y permite su inscripción en la genealogía. O sea, cuando nosotros hablamos de constitución de un sujeto, lo podemos hablar de manera simplificada o lo complejizamos, consideramos que los sistemas son complejos y articulados, y pensamos que un sujeto se constituye como tal no como aislado, sino en la medida en que puede incluirse, inscribirse —no quiere decir ni someterse, ni ser empleado de (como decían esta mañana) sino que quiere decir inscribirse, poder articularse, no irse por las ramas al hospicio o adonde sea.

Legendre plantea la institución del sujeto, o sea que el sujeto en cuanto nace entra a un orden jurídico. Esta cuestión jurídica de la identidad no hay que reducirla a la identidad social, de clase o de género. Es una legalidad, pero es una legalidad que no solamente implica la ley sino una representación mítica. Es complejo esto, son enunciados y yo creo que valdría la pena desarrollarlos en varios seminarios. Ahí tenemos los oficios, oficio de padre, oficio de madre. Oficios digo a propósito, como cosa de trabajo, como cosa de ejercer un oficio, que no es una función simbólica solamente, aunque esté articulado y mezclado con las funciones simbólicas.

¿Cuál es el oficio de madre? Porque no podría decir dar la teta, cambiar los pañales, actividad de la que ahora también los padres se hacen cargo. En realidad la función de madre implica

fundamentalmente alojar primero. Alojar y desprenderse. Es decir, tiene dos movimientos, un movimiento en el que tolera y acepta la alienación, también acepta renunciar a esa fusión y acepta separar. Es decir, acepta la alienación y también la perspectiva de la separación. Sino, no hay madre.

Esta mañana hablaron bastante de que en la academia a veces la teoría es demasiado rígida y se parece a un dogma. La teoría debe ser un instrumento, no un dogma, pero desgraciadamente tiene su prestigio, su pregnancia, también sus modalidades de ser transmitida, y a veces funciona más como dogma que como instrumento.

Ahora ¿cuál sería el oficio de padre? Últimamente, con los aportes importantísimos de Lacan, hay una tendencia –que en el fondo degrada el pensamiento de Lacan– que pone al padre como aquel que corta. ¿Qué quiere decir que corta? Si uno ve solamente que corta, la madre sí se queda unida, fusionada con su niño. Entonces no hay un niño, hay una posesión, un objeto de la madre. Para que pueda abrirse a una separación del niño tiene que haber una vía y la vía es el padre, el padre donde puede decidir. Entonces en vez de decir corta, yo diría permite, produce, acepta un pasaje. Sale el niño de un lugar donde estaba fusionado y pasa a un padre que en principio tiene como función también introducirlo en las leyes simbólicas sociales.

¿Cuáles son las leyes simbólicas? Al sacarlo de la madre –pero no sacarlo en el sentido de violencia sino de permitir, posibilitar la salida de la madre– posibilita que no quede incestuosamente metido adentro de la madre. Es decir, lo introduce en una ley en la cual la prohibición del incesto rige las relaciones humanas. Incesto y crimen –acuérdense– van ligados.

Entonces el padre hace función de tercero. Antes eran dos fusionados en uno y el padre hace función de tercero, que es la función que hace también la ley, lo cual no quiere decir que el padre sea la ley, esa es una construcción terrible. El padre no es la ley, podría llegar a ser su representante si pudiera ejercer ese lugar de pasaje que permite la salida y la inclusión en un orden diversificado en el cual las leyes de prohibición del incesto y del crimen ya sobrepasan muchísimo a las personas. Es decir que en el fondo el padre auspicia como tercero legal, como principio de diferenciación –a mí me gusta mucho esta forma de definirla porque marca los lugares simbólicos (padre, madre, hijo, abuelos, hermanos) y la circulación entre ellos. Es decir, marca caminos, marca lugares y al marcar lugares, marca caminos.

Entonces ¿cuál era el oficio del padre? No es creerse que es la ley sino representarla. ¿Qué es la ley? La ley es lo que separa, lo que separa quiere decir lo que permite diferenciación, diferencia de lugares, tránsito, circulación, eso nada más. Es sencillo, pero es complejo poder pescarlo realmente.

Por supuesto, esto va en contra de los deseos más primarios. Cuando hablamos de los deseos de fusión, de los procesos de regresión, hablamos de que esto nunca es una conquista definitiva. Siempre hay un riesgo, una amenaza, y Freud lo sostiene y lo subraya muchísimo: nunca ninguna constitución subjetiva es total y definitiva, está siempre expuesta a regresar, a deshacerse, a destruirse; es frágil, y paradójicamente esa fragilidad hace a su fortaleza, a su riqueza y a la posibilidad de una diversificación y de una derivación de las pulsiones en distintas cosas.

La madre, a su vez, tiene una función importante. ¿Qué constituye con sus cuidados? Constituye el cuerpo erógeno. El cuerpo erógeno es aquel cuerpo que constituido en esa fusión va a permitir el intercambio, a través de las zonas erógenas, el intercambio con otros y la diversificación. Entonces, la madre constituye el cuerpo erógeno y además introduce en el lenguaje,



porque el primer llanto al ser escuchado como pedido de auxilio se transforma: pasa de llanto a llamado, y pasar de llanto a llamado es entrar al lenguaje.

En este proceso es que la madre tiene que poder tolerar reconocer al niño como otro, no como un objeto o como parte de sí misma, sino como un otro y tolerar una pérdida, una pérdida que va a ser al mismo tiempo un hallazgo; todo pasaje implica al mismo tiempo pérdida y hallazgo. Les estoy diciendo banalidades para gente que transita todas estas cosas pero yo creo que vale la pena recalcarlas, subrayarlas, recordarlas, reformularlas de distintas maneras, siempre. Este reconocer al otro como otro nos introduce en una legalidad que hace de cada uno un diferente y la posibilidad de otro para el uno. El otro cercano es indispensable; pero también el Otro que va a permitir que los otros se puedan relacionar y constituir.

Ahora, la sociedad misma es una organización con poder normativo. Acá ustedes tienen una cátedra que, si no me equivoco, incluye la idea de trabajo sobre instituciones, además de que Juan Carlos ya habló muy emotiva y gráficamente de todo ello. Las instituciones son un tejido. En la presentación, dijeron que ninguno de los dos pertenecíamos a ninguna institución. Parece una contradicción [risas], dar importancia a las instituciones y decir que ninguno pertenece a las instituciones. Las instituciones existen, son indispensables, somos institución, nosotros somos instituidos. Pero una cosa es ser funcionarios, empleados de una institución y otra cosa es articularse en las distintas instituciones.

Cuando nosotros como operadores abordamos niños en situaciones de mucha carencia, y también sus familias, estamos tratando de evitar muertes subjetivas. Estamos enfrentados a la amenaza de muertes subjetivas, nada menos que eso. Por eso la construcción del sujeto necesita, va paralela y simultánea con la constitución del otro como otro. Y ahí tenemos que pensar que los procesos de identificación son muy importantes. Las identificaciones mismas no son ni buenas ni malas, todo depende: pueden ser capturantes, absorbentes, pueden significar engullir al otro o ser engullido por el otro, o pueden significar un pie y una base para poder circular e intercambiar.

Siempre la constitución se juega no solamente en dos generaciones sino en tres, porque está en juego el inconciente de los padres y el inconciente de los padres a su vez viene constituido desde la generación anterior. Cuando Freud habla del Superyó como transmitido por el inconciente de los padres se refiere a valores imperantes traducidos a través de la situación singular de cada uno: lo social pero filtrado por cada uno no es inmediato y total.

De todos modos no todo en la sociedad es negativo. Un contrato social es necesario, es necesario para poder constituirse como sujetos y no estar amenazados permanentemente de muerte. Tiene sus fundamentos simbólicos entonces. El contrato social permite diferir el asesinato fundante. Se refiere a la metáfora de la horda y la muerte o el asesinato del padre que se repite en cada situación edípica en la que hay que volver a matar al padre. Lo refiero como metáfora porque quiero subrayar que no se trata de una representación antropológica veraz, sino más bien de una metáfora de la constitución subjetiva. Matar al padre simbólicamente, si es bueno preservarlo en la realidad, no quiero decir que si es malo haya que matarlo, tampoco dije eso [risas].

El derecho en principio debería garantizar que no se mate todo el mundo con todo el mundo, pero no solamente eso: garantizar que las funciones simbólicas puedan ejercerse, es decir, garantizar el capital simbólico de la filiación. Porque si no ¿tenemos que pensar que uno se po-

dría autoengendrar? Se necesita del otro, siempre. La fantasía de auto-engendramiento sabemos cuánto valor tiene, cuánto peso negativo tiene muchas veces en las psicosis.

Bueno, por ahora, nada más ni nada menos.

– [Liliana Baños] Queda abierto el espacio para conversar.

– [Público] ¿Podría ampliar o hacer alguna referencia más respecto de la identidad social?

– [Gilou García Reinoso] La primera cosa es que la identidad siempre es también social, se construye, daría para todo un seminario. Por ejemplo, Castoriadis tiene aportes muy interesantes, como primera indicación.

– [Juan Carlos Volnovich] Cito textual a Freud: “la psicología individual es, desde un principio y al mismo tiempo, psicología social en un sentido ampliamente especificado por la presencia del otro”.

– [Gilou García Reinoso] Entonces, las instituciones son las que han olvidado eso. Han transformado el aprendizaje del psicoanálisis muchas veces como si fuera un ente abstracto, un sujeto en que la sociedad quedara no se sabe donde, pero Freud lo enunció, por supuesto que no pudo hacer todo, hizo bastantes cosas, lo que nos permite seguir las trabajando [risas]

– [Público] La verdad que quedé conmovida verdaderamente con la presentación de ustedes: esto que cuenta Juan Carlos después de tanto tiempo y también por los comentarios de Gilou. Vos, Gilou, decías que esta mañana se repetía lo de la soledad. Yo me imaginaba que Juan Carlos no estaba solo en ese momento. Estaba fuertemente acompañado, pero estaba como anestesista y era psicoanalista...

– [Liliana Baños] Y no podía decir “lo escucho” [risas].

– [Juan Carlos Volnovich] Hay algo que me parece fundamental. Yo creo que el estrago fundamental de los años de terrorismo de Estado, estos años tremendos, son los cortes en la memoria, los cortes intergeneracionales, de manera tal que las generaciones actuales parecería que tienen que empezar desde cero. Si cuento esto del ‘79 es porque hay un hilo invisible que une lo del ‘79 con lo del 2009, y que une lo del ‘79 con muchas experiencias anteriores. No es que yo no estaba solo porque estaba en una brigada, yo no estaba solo porque tenía una historia: la historia, por ejemplo, de cuando Marie Langer se formó en Viena, todavía Freud vivía. Marie Langer se incorporó a las brigadas internacionalistas en la Guerra Civil española que convocó “La Pasionaria” y trabajó de anestesista y era mujer. Entonces, que yo haya sido anestesista no estaba descolgado de mi formación psicoanalítica y de mi relación con Marie Langer y de mi contacto con ella.

De otros aspectos de la historia, de la historia del psicoanálisis argentino –Gilou conoce muy bien– en la década el 50 Frida Zmud, una psicoanalista argentina que se exilió en México y que fundó la Asociación Psicoanalítica y de Psicoterapia de Grupos en México, introdujo por primera vez el psicoanálisis en el convento, en el Convento de Cuernavaca. Hacía grupos de seminaristas –Frida Zmud, también judía, y mujer– donde trabajaba sobre algo así como la vocación que llevaba a los aspirantes a tomar los hábitos, cuáles eran las motivaciones más espurias o más legítimas que estaban en su vocación religiosa. La experiencia terminó de manera medio hippie [risas].

Lo que quiero decir es que hay toda una historia que me acompañaba ahí, no eran solamente mis compañeros de la brigada sino toda la historia del psicoanálisis que yo había mamado a





través de la transferencia y a través de mis ancestros psicoanalíticos.

Además, les voy a contar una anécdota que es muy, muy graciosa, una de las cosas más graciosas que nos pasó. ¿Cómo yo me incorporé en esta brigada? En esa época, en la guerra en Nicaragua, yo vivía en Cuba, estaba exiliado en Cuba. Yo estaba padeciendo un exilio, estaba muy solo en realidad. En Cuba no había psicoanalistas y, es más, había un contexto hostil al psicoanálisis, era el único psicoanalista que estaba en Cuba, y no podía volver a la Argentina. En ese momento, la guerra en Nicaragua significaba que los cubanos (que tenían ese espíritu revolucionario y belicoso, que se enfrentaban a los yanquis y que habían triunfado en el enfrentamiento en Angola ya que la Guerra de Angola la hicieron los cubanos) querían a toda costa ir a Nicaragua a ayudar a los sandinistas. Pero Fidel dio la orden de “ni un soldado cubano en Nicaragua”, porque los yanquis estaban esperando encontrar alguno para intervenir ellos también. Entonces yo dije “bueno, pero yo no soy cubano, yo sí puedo ir”. De manera muy clandestina, hice saber que quería ir a Nicaragua a ayudar y ahí apareció todo un circuito sumamente clandestino –piensen ustedes que la inteligencia y la contrainteligencia cubana son de las mejores del mundo, sino no hubieran podido sobrevivir frente a un enemigo tan grande– y llegué finalmente a un lugar recóndito donde se armaban las brigadas de colaboración con Nicaragua.

Quien me recibió era el que organizaba las brigadas militares, que era un militar como todos los militares del mundo. Le mandan a un tipo que era yo con dos o tres antecedentes: montonero, que vivía en Cuba y que quería ir a Nicaragua. Yo me imagino que el tipo este se debe haber pensado que lo menos que yo sabía hacer era manejar un tanque o tirar granadas. Entonces me recibe el militar este y me dice – ¿Usted es el compañero argentino, que viene de Cuba? – Sí. – ¿Y usted qué es? – Soy psicoanalista –le dije yo [risas]. Creo que era la primera vez que él escuchaba la palabra psicoanalista. Abrió los ojos tan grandes que me apiadé y me dije, este hombre necesita algo más de explicación. Entonces le dije “psicoanalista de niños” [risas]. Ahí el hombre no sabía si le estaba tomando el pelo, o qué tipo de confusión o equívoco había. Pero me dijo “espere un momentito”. Me dejó ahí, se levantó y se fue. Yo supongo que se debe haber ido a hablar o a consultar algo, para qué me mandaron, porque al rato volvió y me dijo: – Momentito, volvamos a empezar. Usted ¿es médico o no es médico? [risas]. Le digo: – Soy médico. – Bueno, mire, necesitamos un anestésista–. – Yo nunca dormí a nadie–. Y el me respondió: “pero eso no es muy difícil”. Fue así que me dieron una capacitación muy precaria, muy intensa, sobre anestesia y por eso terminé como anestésista.

Yo creo que uno no es psicoanalista, uno trabaja de psicoanalista, está en posición de psicoanalista, pero hay algunas cosas que están permanentemente presentes. Cuando Sor Claudia me vino a ver, en este momento tengo el recuerdo muy claro, yo podría ahí haberlo tomado como una consulta personal, estaba muy en juego por supuesto una cuestión vanidosa y narcisista, y así armar un dispositivo de análisis individual en esas circunstancias o pensar realmente con cabeza de institucionalista.

– [Gilou García Reinoso] Me quedé pensando en la cantidad de psicólogos que hay acá, psicólogas. La mayoría son mujeres. La psicología existe desde hace mucho tiempo, pero la Carrera de Psicología no existe desde hace mucho tiempo. Qué curioso, ¿no? Es decir, darle lugar en la academia no es poca cosa, pero parece que ha tardado casi tanto como el voto femenino. Es curioso. Como si fuera un agregado o un último recurso pensar la psicología como algo inhe-

rente al sujeto humano. Hasta entonces la psiquiatría se ocupaba solamente de las enfermedades mentales. La psicología, el psicoanálisis, se ocupa también de las enfermedades mentales, pero no solamente de las enfermedades mentales, sino de los sujetos “sanos” cuestionando inclusive el concepto de salud y el de enfermedad.

Yo siempre recuerdo que algunas cosas de los principios de Freud han sido tan claves para el desarrollo de esto. Hay un artículo de 1880 en el que dice que si uno no tuviera tanto miedo de volverse loco podría avanzar bastante en el conocimiento del padecimiento. No es pavadada que en 1880 un médico declare que tiene miedo a volverse loco, porque hasta entonces el loco era aberrante, era otra cosa y el médico no tenía miedo. Si uno pudiera no tener tanto miedo a volverse loco, avanzaría muchísimo. Y es ahí cuando va a lo de Charcot y Charcot no tenía tanto miedo a volverse loco pero con eso no hacía más que mostrar cosas muy interesantes, por ejemplo que la histeria no era solamente femenina –se había nombrado de acuerdo al útero, histeria– pero Freud hace de eso otra cosa, hace de eso una derivación importante en cuanto al sujeto humano como tal.

Alguien había preguntado lo de las identificaciones. En realidad, siempre el sujeto se constituye en el campo del Otro, en articulación con el otro, un vínculo social. Quiere decir que la identificación es la base sobre la cual se constituye el Yo. Por supuesto que hay distintas formas de identificaciones: la que Freud llama la identificación primaria, es lo que yo llamaba recién la fusión madre niño que, al mismo tiempo que tiene que constituirse, tiene que ser rota. Todas las identificaciones tienen que ser rotas en última instancia: tienen que constituirse pero también tienen que poder quebrarse. Una identificación que no puede quebrarse, más que una identificación es una fusión y lleva a muchas cosas pasionales en lo individual y catastróficas en lo social. La apelación al totalitarismo, una identificación total, lleva a catástrofes terribles.

Yo quisiera remarcar como última cosa la importancia del “no”. La importancia de poder decir que no. Ustedes recuerdan que Freud escribe un articulito chiquitito y cortito, pero esencial: “La negación”. ¿Cómo el no constituye el poder simbólico? Poder decir que “no” es romper la fusión, falta algo. Cuando se dice “no”, se dice “no hay todo acá”. “No”. “No” quiere decir no es todo uno, no es un Uno, no es algo inquebrantable, sino que falta algo y entonces vamos a empezar a circular. ¿Se acuerdan el esquema del peine de Freud en el que describe que el deseo nace en un intervalo, en última instancia, entre la experiencia de satisfacción y la experiencia de fracaso? La alucinación primaria es el primer esbozo de deseo.

– [Liliana Baños] Una cosa que quería retomar. Una vez vino a trabajar con nosotros Gilou. En una reunión, después de escuchar todo lo que nosotros intentábamos contarle –le dejamos la cabeza así rápidamente– ella nos dijo que habría que centrar la atención en la legalidad. Eso fue lo que fundamentalmente señalaba: retomar la cuestión de la ley, la cuestión de la legalidad. A raíz de todo esto pensaba en lo que constituían nuestros obstáculos. Me acordaba de una frase de Anatole France, donde dice “la ley en su magnificente equidad prohíbe tanto a ricos como a pobres dormir bajo los puentes, vagar por las calles y robar pan”. Pensaba que nuestro obstáculo es que esto que prohíbe la ley es exactamente la ley del lugar donde nosotros trabajamos. Es decir, el ámbito en el que nosotros trabajamos es donde la gente duerme bajo los puentes, vaga por las calles y roba pan. Y esa es la ley. Para retomar esto que, por la vía de lo que intentamos instituir, ahí mismo nos encontramos con el obstáculo de lo instituido.



– [Gilou García Reinoso] Estoy tentada de agregar que legisla las desigualdades. La ley actualmente legisla las desigualdades, condena al que roba el pan.

– [Liliana Baños] Bueno, si no hay ningún comentario más, le agradecemos a todos, a absolutamente a todos, y especialmente a nuestros invitados.

– [Silvia Grande] Simplemente, los agradecimientos. Fundamentalmente a toda la gente que trabaja en el postgrado, en la organización, a toda la gente de los Experimentos que ha venido, a la Dirección Provincial de Salud Mental con quienes estuvimos charlando la propuesta, fundamentalmente a Gilou y a Juan Carlos, pero básicamente al Colectivo que se integró para empezar a pensar esto, para armar el trabajo, todo este proceso que nos dimos de discusión. Hoy dijeron que nos autorizaban a ser políticamente incorrectos. Bueno, entonces voy a decir dos cositas. Una, es que estuvimos desde ayer a la mañana charlando esta relación entre clínica, política, prácticas, etcétera, y en ningún momento se habló ni del goce ni de lo real [risas], esos inefables, que nunca podemos... que funcionan como contraseña. Realmente es un agradecimiento. Además, la otra cuestión es que cuando ayer abríamos, yo intentando ser políticamente correcta decía o retomaba las palabras de Freud en “Lo percedero”, para decir que justamente ante la destrucción, volvamos a intentarlo. Estaba bien decirlo así, ¿no? Correspondía frente a todas las descripciones que hacemos de la realidad. Y digo, bueno, quizá hoy después de lo que trascurrió ayer, haber escuchado a Juan Carlos y a Gilou, realmente puedo decir que la apuesta valió la pena. Cuando empezamos –hablábamos con Iris, con Silvia, con Lili– estábamos un poco como cansadas, algo así como “ésta es la última que organizamos”. Después de acá nos vamos pensando ya otros temas para empezar a discutir en futuro.

Entonces gracias porque la apuesta colectiva permitió que efectivamente esto que yo dije queriendo ser correcta se transformó en un trabajo.

– [Gilou García Reinoso] Una sola cosita: además de agradecer muchísimo –es un auditorio muy estimulante– yo creo que hay que tratar de no transformar en consigna tampoco la oposición a las consignas. Es decir, tratar de no ser dogmático. El goce tiene su ubicación, tiene su forma, habla de cosas que conocemos de otra manera y hay que escucharlo. Lo cual no quiere decir que haya que repetirlo como loro [risas y aplausos].